

Cataluña

AUTONOMIA CON BANDERILLAS

MANUEL CAMPO VIDAL

S el referéndum del Estatuto de Autonomía catalán se hubiese celebrado el 25 de octubre de 1977, es decir, dos días después del regreso de Tarradellas del exilio, seis semanas más tarde de aquel multitudinario 11 de septiembre en que un millón de catalanes reclamaron la autonomía en la calle, a sólo cuatro meses y diez días de las primeras legislativas del 15 de junio, el resultado hubiese sido aplastante, alarmante incluso, para los que ocupan la confortable sede de la hegemonía. Dos años después, sin embargo, tras los pactos de la Moncloa incumplidos por el Gobierno, tras la exasperante marcha lenta del proceso político, tras el enmohecimiento de tanta ilusión, la autonomía catalana ha sido referendada —como la Constitución democrática— correctamente, suficientemente, pero no de forma apasionada, alarmadora.

Una vez más, la dilución en el tiempo de las reivindicaciones, el efecto, retardatorio en el proceso de consolidación de la democracia, ha sido efectivo. El resultado es suficiente, pero pobre, sin reparos para la política catalana. El resultado, en cambio, es excelente, ideal, para el presidente del Gobierno: una abstención mayor hubiese significado también un fracaso para Adolfo Suárez, mientras que una participación extraordinaria-

mente superior hubiese resultado incordiante, excesivamente apremiante. Las cifras fiables van a permitir que la dosificación autonómica no escape a las válvulas reguladoras de la velocidad y del caudal del cambio político, en este caso, de la paulatina reforma de un Estado centralizado en un Estado con centros periféricos de poder relativo.

Cataluña, como el País Vasco, ha visto por fin reconocida su condición de nacionalidad en el marco del Estado español y reconocido también su derecho al autogobierno. Refrendado el texto autonómico en consulta popular, sólo queda ahora su promulgación por el Rey para que se dispare el contador de los plazos que el mismo Estatuto de Autonomía ya fijaba. De ese modo, a partir de un cálculo aproximado, puede afirmarse que el próximo mes de abril se celebrará la festividad de Sant Jordi, patrón de Cataluña, con nuevo presidente de la Generalitat.

Los resultados del referéndum —ese casi 40 por 100 de abstención y ese 4 por 100 de votos negativos sobre el total del censo— obligan en estos días a una meditación convencional a las direcciones de los partidos políticos catalanes. La campaña para el Parlamento catalán, iniciada ya en la práctica antes del referéndum, se ha visto cortada en seco por la necesi-



da del referéndum, pintadas contra la central nuclear de Lemóniz.

cuanto antes las elecciones al Parlamento. De conservarse los datos, podría tener opción —otra cosa es que le conviniera hacerlo— a gobernar en solitario. UCD vasca, al igual que el aparato central del partido del Gobierno se juega mucho en su apoyo a esta operación. Según algunos observadores podría llegar a desaparecer jugando la baza del partido mayoritario vasco o a crear una verdadera crisis obstaculizando desde Madrid la interpretación extensiva del texto ahora aprobado, poniendo en un serio aprieto al PNV.

La izquierda, por su parte, tiene una difícil papeleta. El PCE no encuentra eco a su propuesta de unidad para el acceso al Parlamento. PSOE y EE han dicho basta a la política de "consenso" llevada hasta ahora en apoyo del Estatuto. El PSOE de Euskadi (PSE) tiene a mediados de noviembre su congreso y va a tener que adoptar decisiones drásticas si quiere recuperar los votos perdidos tanto en las últimas elecciones generales como en el referéndum. También va a tener que analizar cuidadosamente su postura, nada clara por ahora, sobre el tema de Navarra, así como la pretensión en algún momento apuntada de mantenerse al margen del Parlamento vasco y convertirse en oposición.

Euskadito Ezkerra, mientras tanto, ha relanzado ya su campaña por la amnistía y piensa luchar por conseguir que el Estatuto se convierta en algo más que una cesión de derechos a las regiones. La desaparición progresiva de las FOP y su sustitución por cuerpos autóctonos, los conciertos económicos, la reivindicación del euskera y, por qué no, la autodeterminación, están entre sus objetivos a medio plazo. Como fondo, el impedir que la

burguesía se alce con el monopolio del Estatuto.

Y ETA, ¿qué?

ETA no entregará las armas. Ninguna de las dos ramas está dispuesta a dejar la lucha armada, aunque difieran sensiblemente en la forma de utilizarla. Para ETA (ml), el Estatuto no sirve y continuará su guerra bajo los mismos argumentos. Quiere negociar, pero impone que la negociación se base en los puntos de la alternativa KAS y esto no parece, por el momento, viable. Quizá nuevos errores, nuevas reacciones negativas a su actuación y una evolución en la sensibilidad del pueblo vasco a estos actos modifique el *tour de force*. ETA (pm), por su parte, si bien o abandona la lucha armada, está dispuesta a utilizarla en apoyo de las reivindicaciones populares, pero en segunda línea. Sólo cuando el pueblo necesita ese apoyo. Como ejemplo, se ha declarado dispuesta a una tregua arhada en defensa de la amnistía si el Gobierno está dispuesto a negociar su concesión. Cosa que no parece imposible si tenemos en cuenta que desde las declaraciones de Tierno Galván se han escuchado voces de "indulto", "amnistía" y "perdón" desde todos los ángulos e incluso algunos juristas han insinuado que es lo mismo una amnistía que 200 indultos particulares.

Así pues, el desarrollo del Estatuto, la amnistía, el Parlamento vasco y el tema de Navarra son los ejes que van a decidir la situación política del País Vasco en los próximos meses. De momento, Leizaola espera comer el turrón en Euskadi Sur y está ultimando su balance político para rendir cuentas de los cuarenta y tres años de exilio. ■ L. A.



Tarradellas también estuvo allí.

ESTATUTOS

dad de revisar actitudes, quizá de trastocar tácticas o de corregir estrategias. Superados los primeros momentos de veladas acusaciones mutuas en el intento de justificar la abstención con argumentos no meteorológicos, se discute intensamente en Cataluña la necesidad de incorporar al proceso autonómico a los sectores descolgados probablemente ya desde mucho antes, cuando la abstención se manifestaba con fuerza en el referéndum para la aprobación de la Constitución, o en las legislativas del 1 de marzo o en las municipales del 3 de abril.

De un primer análisis de los resultados provincia a provincia, comarca a comarca, por ciudades y pueblos, barrio a barrio, aparecen dos conclusiones difícilmente rebatibles: votaron más las clases populares catalanas —tanto los trabajadores y empleados nacidos en Cataluña como los trabajadores y empleados nacidos en otras zonas de España— y, en segundo lugar, existe una correspondencia entre las zonas de votos dominante UCD con las parcelas abstencionistas o incluso de voto negativo. (Tarragona y Lérida, feudos de UCD, fueron las más abstencionistas, y barrios de Barcelona como Pedralbes, residencia de la alta burguesía, llegaron a rayar el 20 por 100 de votos negativos, además de registrar una fuerte abstención).

La derecha sin partido se abstuvo

Las dos conclusiones, en realidad, se complementan y ponen en primer plano una cuestión cuya solución se hace inaplazable ante la proximidad de la consulta legislativa catalana: las clases acomodadas catalanas no tienen partido propio y temen la autonomía —por eso se abstuvieron o votaron negativamente—, porque son conscientes del peligro de ir a ella sin un claro instrumento de intervención, lo que puede traer como consecuencia previsible una Generalitat decantada hacia la izquierda.

Es cierto que en las legislativas del 1 de marzo se mantuvo Coalición Democrática con un diputado, mientras Centristes de Catalunya-UCD avanzaban ligeramente, al tiempo que se consolidaba el Centro-derecha Nacionalista que encabezaba Jordi Pujol. Pero ese avance relativo del conglomerado electoral derecha centro-derecha no significa que las clases acomodadas catalanas hayan hallado su par-

tido, sino que se reflejó tan sólo el beneficio de la desaparición de otras opciones electorales situadas en ese área, como la Coalición Unio Democràtica-Centre Català, que el 15 de junio de 1977 obtuvo dos diputados, Antón Cañellas y Carles Güell de Sentmenat.

El empresario catalán y su área de influencia sólo en una mínima parte ha tomado opción de partido, bien sea en favor de Coalición Democrática —influencia más bien tendente a debilitarse con el cambio de Laureano López Rodó por Antoni de Senillosa—, en favor de UCD, que encuentra una conexión clara pero limitada con el mundo empresarial a través del parentesco entre el grupo de empresas conectadas con el Banco de Europa (Carlos Ferrer Salat) y el pequeño partido asociado a UCD de Molins y Güell y en favor también de la Convergencia Democrática de Jordi Pujol a través de empresas relacionadas con Banca Catalana, personalidades como Pere Durán Farell y ahora la PYMEC (Pequeña y Media Empresa de Cataluña), a través de Joan Rigol. Pero más allá de esos pequeños segmentos, el empresariado catalán se muestra dubitativo en su adscripción, cuando no desafecto a la democracia. Los intentos por articular una derecha catalana que oponer al avance de la izquierda alcanzó su punto culminante con la entrada de Manuel Ortíz en la Generalitat, pero ha quedado finalmente engañada. El empresariado catalán y su zona de influencia en las legislativas termina votando a UCD, ante la inexistencia de otras opciones, y ha tratado de debilitar ahora el avance de la autonomía expresando su reti-

cencia en la consulta popular. Así, la autonomía catalana sale al ruedo ibérico sin la bravura con que fue reclamada en los momentos culminantes de la eclosión democrática. La autonomía catalana sale de los corrales de la Constitución con banderillas.

El lerrouxismo tiene poco futuro

La otra conclusión importante de la consulta es que el espacio para cualquier intento electoral anticatalán es estrechísimo. Si el mapa de la abstención y de los votos negativos ofreciera intensas manchas en los barrios populares caracterizados por la presencia de inmigración, Federico Jiménez Losantos tendría más oportunidades de salir elegido diputado por el Parlamento catalán en las listas de una coalición como la que, al parecer, propone el residual Partido Socialista de Aragón, todavía animado por Emilio Gastón. Es indudable que en el porcentaje abstencionista y en las fuentes de los votos negativos hay un filón electoral con el que alimentar una candidatura de esas características, que pretendería reunir a gentes próximas a los dos PSA —el aragonés y el andaluz—, más los integrantes de los círculos castellanos y representantes de la regionalidad extremeña. Pero si de esos porcentajes se descuentan quienes se abstienen en cualquier elección por reñida que sea, más el pequeño tanto por ciento atribuible a la abstención técnica, más el segmento que pudo abstenerse a la llamada de algunas organizaciones de extrema iz-

quierda o de nacionalismo radical, más la abstención meteorológica los amplios sectores de las clases acomodadas catalanas que cuando deciden votar lo hacen en favor de UCD a falta de mejor postor, realmente el margen sobre el que intentar apoyar una coalición de nuevo cuño tratando de ligar a los que sientan alguna inquietud ante la autonomía no constituye una base real para una operación ni siquiera medianamente importante.

De la lluvia del día a los relampagos de la noche

Poco antes de las doce de la noche del jueves 25 de octubre, la plaza de Sant Jaume no está llena ni se llenará. La pantalla gigante instalada por la Generalitat en la fachada de su palacio vomita resultados escasamente brillantes para los que, con chubasqueros y paraguas, han tenido el humor de acudir al Barrio Gótico. Por las escaleras de acceso al palacio de Sant Jordi bajan rostros preocupados. El inmenso salón en el que se agolpan periodistas, tecnología, políticos y esposas, hierve. El champán que se ofrece en las mesas laterales sirve más para olvidar que para celebrar. Carles Sentís declara ante las cámaras de televisión que ha sido una votación pasada por agua, aunque no todo lo que se pasa por agua es malo. "Los huevos pasados por agua, por ejemplo, son extraordinarios", añade para completar su profundo análisis. Jordi Pujol no disimula su preocupación. Gregorio López Raimundo



Pujol, López Raimundo y Reventós: los líderes políticos predicán con su ejemplo.



TRABAJOS EN EL TUNEL DESCUBIERTO EN BARCELONA.—Militares, bomberos, policía y otros técnicos estudian la situación de los trabajos de apertura del túnel. La profundidad de la zanja abierta da una idea clara del trabajo realizado por los autores del túnel fabricado.

lee en los resultados que, si bien casi todo el mundo estaba por el cambio, no todo el mundo acaba de entrar en los mecanismos democráticos, lo que se afronta valientemente o la situación se hará angustiosa. Sus declaraciones le valdrán un elogio a la honestidad en el "Informativo de las ocho" que dirige Fermín Bocos en la SER. El democristiano Antón Cañellas tiene fe en que la cifras se olvidarán en pocos días. Josep Miquel Abad, teniente de alcalde comunista del Ayuntamiento de Barcelona, arrincona a su colega nacionalista Cullell, y con los resultados por barrios en la mano le insiste en que Convergencia Democrática no puede abandonar el pacto municipal de progreso. Manuel Ortíz, consejero de Gobernación de la Generalitat, ha extraviado su habitual seguridad en escena y quiere recuperarla con un sentido del humor poco afortunado: "Las cifras no cuadran, porque este ordenador es tan moderno que suma por su cuenta y riesgo". El socialista Obiols no se muestra sorprendido: "Personalmente no esperaba más". Su compañero Carlos Cigarrán considera que la lluvia ha sido intensa, pero que también llovía cuando las encuestas de la Generalitat ofrecían un optimismo que luego resultó falso. El consejero de Gobernación insistirá en que llovió mucho, re-

gistrándose una caída drástica de votantes en las seis horas de mayor intensidad del aguacero, lo que no deja de ser verdad, pero no toda la verdad y nada más que la verdad. Si de pronto se hubiesen apagado las luces del salón, de las conversaciones resaltarían algunas chispas de malhumor con el nombre de Tarradellas inscrito en ellas. "La confusión que creó en días pasados está en la base de la abstención", señala en voz baja un diputado socialista. Llega noticia de que un anciano gravemente enfermo de cáncer en el Hospital de San Pablo exigió a sus hijos ser trasladado hasta su sede electoral, en Cornellá. Los componentes de la mesa se impresionaron al verlo y, emocionados, aplaudían en pie mientras el anciano, natural de Murcia, votaba favorablemente al Estatuto, como hizo en 1932. Los hijos de José Olmo lloraban mientras lo sostenían por los brazos. Salvador Grau Mora, promotor del monumento a Macià y dirigente de Izquierda Republicana, cogía después por el hombro, en el salón de Sant Jordi, a todo periodista conocido para expresarle un ruego: "Di en tu periódico a los que hablan castellano que les estoy muy agradecido por haber enseñado a muchos catalanes lo que debían hacer y no han hecho". ■
M. C. V.

LOS
CONTEM
PORAN
EOS

EL REGRESO DE LA CONCIENCIA

HAY gentes que no son checoslovacos, que ni siquiera han leído la Carta de los 77, pero que firman su solidaridad con los condenados por disidentes y acuden a la Embajada de Checoslovaquia para protestar. Hay mujeres vírgenes que firman un escrito diciendo que han abortado para solidarizarse con las perseguidas, para ofrecerse ellas mismas a ser perseguidas. Hay hombres que ni siquiera pueden imaginar la angustia del embarazo no deseado, que firman para solidarizarse con las mujeres. Hay católicos bien casados que se arriesgan a pedir que haya divorcio para los demás.

Son movimientos tranquilizantes. Movimientos de conciencia. La conciencia ha estado mucho tiempo desprestigiada, y las gentes procuraban rehuirla. Tenían sus razones. Por una parte, algunas sectas y algunos poderes se la habían apropiado, la habían monopolizado; la codificaban, la hacían obligatoria. Había que huir de esa coacción. Por otra parte, la conciencia se sentía como una debilidad; como un flanco deliberadamente abierto por uno mismo para dejar entrar a un enemigo sin escrúpulos. La conciencia era una trampa. La conciencia es una enfermedad, decía Unamuno, no muy lejano, sin desearlo, de Nietzsche.

Esta capacidad que puede tener alguien, de pronto, de sentirse mujer abortada, checoslovaco disidente, chileno encarcelado o preso torturado en cualquier país y bajo cualquier régimen, cuando todos los datos de identidad y todas las condiciones físicas son distintas, pero sin obedecer a una codificación, a un confesor o a un jefe de partido, sino simplemente porque hay algo humano dentro que brota por encima de los miedos, las comodidades, las presiones o los sentimientos de autodefensa, esta capacidad es el indicio de un regreso de la conciencia. Una conciencia que no es una enfermedad, ni un morbo; sin cilicios ni confesionario, sin libro de Ética y Moral.

Todos estos movimientos hacen recuperar un cierto sentido de que no se ha perdido todo enteramente. A condición de que no sea un refugio, una justificación de uno mismo. Tiene que ser una forma de sentir y de vibrar, de recuperar una sensación de estar vivos. Estar vivo es, desde luego, bastante incómodo en los tiempos que corren. Pero puede uno empezar a aprender a estar vivo en los demás.

Incluso puede uno empezar a sentirse vivo cuando aprende a estar muerto con los otros: con los asesinados. Y a ser libre cuando se empieza a formar parte de la masa de los encarcelados, de los perseguidos. ■

POZUELO